

tiempo en la casa

Suplemento de la revista *Casa del tiempo* - Número 67, marzo - abril de 2021

Carlos Montemayor:
elogio del poeta

Jorge Ruiz Dueñas



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Jorge Ruiz Dueñas (Guadalajara, Jalisco, 24 de abril de 1946). Poeta y narrador. Estudió Derecho y la Maestría en Administración en la UNAM; hizo estudios de posgrado en la Universidad de Oxford, Inglaterra. Ha sido secretario general de la UAM; investigador nacional en el área de ciencias sociales y humanidades; secretario técnico del Conaculta; director de *Tierra Adentro* (nueva época), del IMER y de Talleres Gráficos; gerente general del FCE y director general del Archivo General de la Nación. Autor y coautor de quince obras de carácter académico y del libreto *Tierra final* (cantata para soprano y orquesta de Daniel Catán). Reconocimiento de El Club Primera Plana por 35 años de colaboraciones en 45 revistas, suplementos y periódicos. Premio Nacional de Poesía Manuel Torre Iglesias 1980 por *Tierra final*. Premio Nacional de Periodismo en divulgación cultural 1992, otorgado por el Gobierno de la República. Premio Xavier Villaurrutia 1997 por *Habitaré tu nombre y Saravá*. Desde el 8 de octubre de 2019 es miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua ocupando la silla XIII.

Imagen de portada: Archivo INBAL / CNL

Rector General: Eduardo Abel Peñalosa Castro. **Secretario General:** José Antonio De los Reyes Heredia. **UNIDAD AZCAPOTZALCO. Rector:** Óscar Carrillo Lozano. **Secretaria:** María de Lourdes Delgado Núñez. **UNIDAD CUAJIMALPA. Rector:** Rodolfo René Suárez Molnar. **Secretario:** Álvaro Julio Peláez Cedrés. **UNIDAD IZTAPALAPA. Rector:** Rodrigo Díaz Cruz. **Secretario:** Andrés Francisco Estrada Alexanders. **UNIDAD LERMA. Rector:** José Mariano García Garibay. **Secretario:** Darío Guaycochea Guglielmi. **UNIDAD XOCHIMILCO. Rector:** Fernando de León González. **Secretario:** Claudia Mónica Salazar Villava.

Tiempo en la casa 67, marzo-abril de 2021

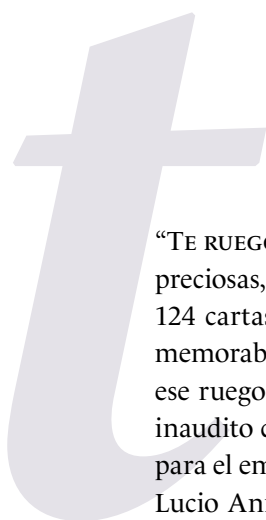
Revista bimestral de cultura de la **UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**

DIRECTOR: Francisco Mata Rosas. **SUBDIRECTOR:** Bernardo Ruiz. **CONSEJO EDITORIAL:** Silvia Pappe Willenegger, Carlos Illades Aguilar, Jesús Rodríguez Zepeda, Alejandro Natal Martínez y Arnulfo Uriel de Santiago Gómez. **COORDINACIÓN Y REDACCIÓN:** Alejandro Arteaga, Jesús Francisco Conde de Arriaga. **JEFE DE DISEÑO:** Francisco López López. **DISEÑO GRÁFICO Y FORMACIÓN:** M^a de Lourdes Pérez Granados.

Carlos Montemayor: elogio del poeta

Jorge Ruiz Dueñas





“TE RUEGO, OH LUCILIO, que procedamos de modo que nuestra vida, como las cosas preciosas, no se extienda mucho, pero valga mucho”, afirmó Séneca en una de sus 124 cartas morales.¹ Cuando Carlos Montemayor escribió la introducción de esa memorable obra apenas cruzado el umbral de su cuarta década, no imaginó que ese ruego le atañía. Quizá la ambigüedad de Marguerite Yourcenar, a manera de inaudito consejo para “entrar en la muerte con los ojos abiertos”,² escrito para sí o para el emperador Adriano en unas memorias fictas, se ajuste mejor al polifacético Lucio Anneo Séneca de acuerdo con la puntual narración de Montemayor de su sereno desangramiento. Pero me atreveré a afirmar que la máxima se aviene también a nuestro poeta, no por vivir a galope ni agotar los paisajes de su talento, sino por lo expansivo de su obra y su tránsito digno.

El terror a la muerte [escribió Montemayor en el texto mencionado] es el espacio en que todas las cosas se hacen miserables. Por ello, desprenderse de ese terror, sin cesar, empero, de pensar en la muerte, es una forma de llegar a la libertad, de conseguir el más dilatado espacio que configure la vida.³

Quiero pensar que no memoramos su partida sino su paso por la vida. El apego consustancial a su ser complejo y gozoso. El impulso en constante apogeo por lo ignoto y lo cercano, por la afluencia de la existencia en huida perpetua y la adversidad siempre acechante en las circunstancias del hombre gregario y a la vez único, intransferible, en la soledad perfecta.

¹ L. Anneo Séneca, *Cartas a Lucilio*, UNAM, México, 1980, p. 318.

² Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*, traducción de Julio Cortázar, Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1971, p. 347.

³ L. Anneo Séneca, *op. cit.*, p. xxii.



Carlos Montemayor con Jorge Luis Borges

La narrativa de Carlos Montemayor, en particular la centrada en los incordios sociales, sus trabajos en torno de las lenguas originarias, los ensayos y traducciones, aun sus orientaciones musicales, se han resaltado sobre la poesía de un hombre que se consideraba fundamentalmente poeta. Es posible que los aires del tiempo reubiquen su participación en los diversos géneros, porque, como afirmó Schücking sobre la aceptación pública: “En general no es el gusto el que se hace distinto y nuevo, sino que los hombres que se hacen árbitros del nuevo gusto son otros”.⁴ Pero es posible señalar al propio Montemayor como el impulsor pertinaz de las actuales apreciaciones sobre su obra al recrear el espíritu de una era en revuelta perpetua entre oprimidos y opresores con el poder simbólico de las palabras que tanto preconizó en su obra Pierre Bourdieu. En un texto poco difundido sobre el compromiso del escritor latinoamericano, a propósito de dos obras de Gabriel García Márquez, Montemayor afirmó:

⁴ Levin Ludwig Schücking, *El gusto literario*, FCE, México, 1969, p. 112.

[...] el compromiso con nuestra realidad no desemboca en la nada, no puede desembocar tampoco en una propuesta literaria de lo grotesco y lo irreal, aunque extraliterariamente puedan adoptarse ideologías revolucionarias. Nuestro compromiso de escritores no se finca en sólo un compromiso con un partido, un gobierno o un grupo ideológico, sino en la comprensión más abarcante de nuestra historia.⁵

Sin embargo, deseo sólo señalar algunas notas sobre la poesía de Carlos Montemayor, quien no abandonaba ese hábito en los diversos géneros que lo ocuparon. Así, su narrativa se enriqueció con los atributos de un poeta alejado de esa pragmática *face-to-face interaction* que de forma exuberante trasmite mucho de cierta ficción del siglo pasado cercana por necesidad al libro cinematográfico. Esto es así, porque en la narrativa de Montemayor no se interpone el accidente biográfico sino el compromiso con los seres a su alrededor, y parece confirmar las hipótesis de Lucien Goldmann por la que “la estructura de una obra [...] constituye invariablemente el reflejo de las estructuras sociales”.⁶ Sin embargo, no deja de inquietarme el riesgo de que en esas novelas los animadores de las iras políticas tiendan a mutar como verdad histórica la verdad literaria del creador.

A mi juicio, nada es más pernicioso para la trascendencia de un poeta que investirlo de superioridad moral por el camino de la ideología y disminuir así su expansiva condición humana. Por ello, me importa insistir en que en el discurso literario de Montemayor se impone la latencia de un poeta formado en el clasicismo de los sentimientos amargos y nostálgicos, estimulado por su propia biografía intelectual. Si la obra poética de Carlos Montemayor es menos extensa que sus relatos, novelas, crónicas o ensayos, paradójicamente es en ella donde se contiene la esencia de su pensamiento. Cada poema es un canto donde el tiempo es auscultado y el rapto personal, la imagen recreada en sí misma, la epifanía, iluminan de manera permanente. Me atrevo a afirmar que su poesía es la síntesis de su andadura y, como en los versos de la *Ode equatorial* de Lêdo Ivo —nuestro viejo amigo y maestro— se puede afirmar de la poesía de Montemayor: “*Tudo o que eu procurava está aqui / neste mar verde, entre dois oceanos verdadeiros como o silêncio entre palavras*”.⁷

Empero, es la narrativa y no la obra poética lo que marca su apertura a las letras. En efecto, *Las llaves de Urgell*, libro de relatos, le procuró muy joven el Premio Xavier Villaurrutia 1971. Sería hasta 1977 cuando se editara *Las armas del viento*,

⁵ Carlos Montemayor, *El oficio literario*, uv, Jalapa, 1985, p. 21.

⁶ Citado por Georges Mounin, *La literatura y sus tecnocracias*, FCE, México, 1983, p. 188.

⁷ *Ode equatorial* (1950) en Lêdo Ivo, *Poesía completa 1940-2004*, Braskem, Río de Janeiro, 2004, p. 252. Es importante reparar en que esta edición en realidad no contiene toda la obra poética de Ivo, pues siguió escribiendo y publicando hasta el fin de sus días, el 23 de diciembre de 2012: “Todo lo que buscaba está aquí / en este verde mar, entre dos océanos verdaderos como el silencio entre palabras”.



Carlos Montemayor con Rubén Bonifaz Nuño

poemario al que se sumarían varios más. Algunos con poemas nuevos y otros con versiones nuevas de poemas previos, de acuerdo con un proceso de maduración personal y motivaciones enraizadas en su propia arte poética desplegada de manera libérrima, pero siempre motivada por la búsqueda y decantación del mejor verso. Esos títulos fueron *Abril y otros poemas* (1979), *Finisterra* (1982), *Abril y otras estaciones* (1977-1989), *Poesía* (1977-1996), *Antología personal* (2001) —publicada por esta Casa de estudios—, *Los poemas de Ts'in Pau* (2007) y su poemario póstumo, *Apuntes del exilio* (2010).

Montemayor hizo de la idea de Paul Valéry respecto al abandono del poema siempre perfectible o renovable, una extrema condición de su poesía. Quienes compartimos el claustro académico con él, sabíamos que el encuentro con la palabra adecuada podía ser una búsqueda de meses, como el verbo “corresponder” en el poema “Hoy estamos en la vida”.⁸ No es de sorprender por ello el proceso de revisión obsesiva, circular, de pulimento en busca de una síntesis que lo dijera todo.⁹

⁸ Carlos Montemayor, *Finisterra*, México, p. 47.

⁹ Si bien, urge una compilación crítica de toda su poesía, es satisfactorio ver ya algunas tesis de posgrado donde nuevas generaciones analizan sin atavismos sus características. Puede coincidirse

Valga ahora, a guisa de ejemplos sobre esa complejidad, mencionar las mutaciones de las nueve odas que integran su primer libro: al retomarlas en *Finisterra* fueron eliminadas tres de ellas, las demás se reubican, la mayoría son intervenidas de manera drástica, pero algunas estrofas ya olvidadas más un largo epígrafe suyo serían recuperados en otro libro (*Poesía [1977-1996]*) resultando siete poemas en los que no prescindió de nuevas permutaciones, combinaciones y eliminaciones textuales. Esto, sin dejar de advertir que previamente ya las había republicado todas (*Abril y otras estaciones [1977-1989]*) con ligeras correcciones a la primera versión.¹⁰ Montemayor siempre entendió que la reescritura del verso auspiciaba mejores versiones literarias.

He afirmado desde el primer homenaje de la Universidad Autónoma Metropolitana en 2010,¹¹ que Montemayor imprimió a su poesía inicial una carga social, incluso de manera simbólica en la dedicatoria de *Las armas del viento* al aludir a los amigos que le “enseñaron a trabajar la madera en el bosque [...]”, en referencia velada a los acontecimientos del 23 de septiembre de 1965 en el Estado de Chihuahua. Por lo demás, expresar la inconformidad, ya sea mediante otro género literario —como fueron sus novelas sobre insurrecciones— o en espacios propios de formaciones académicas diversas, es un camino más directo y acorde con la denuncia. Así, al avanzar en sus inquietudes ideológicas, la maduración de su quehacer poético también le permitió la incesante reinención del poema, de la memoria y la búsqueda de un verso pleno de interioridad e ignorar así el antagonismo de un beneficiario

o no con tales estudios, pero ya denotan el análisis crítico en este sentido. Vale resaltar las tesis de maestría de Eloísa del Mar Arenas Torresdey, *La poética de Carlos Montemayor: la memoria en el viento*, Universidad Veracruzana, 2016; y, sobre todo, la de Graciela Solórzano Castillo, Edición crítica de *Las armas del viento y Finisterra*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2018.

¹⁰ Así, la “Oda segunda” de *Las armas del viento*, en *Finisterra* será la primera, pero reescrita. Y, en ese orden, la tercera pasó a cuarta, la “Oda quinta, rota” a segunda, aunque sin cambios; la sexta se posiciona en quinta; la séptima en tercera; y la novena sobrevive con algunos fragmentos como sexta. Empero, *Abril y otras estaciones [1977-1989]* respeta el texto de las nueve odas originales con diversas correcciones, si bien, en *Poesía [1977-1996]*, como sucedió en *Finisterra*, se eliminan tres odas; las demás, ahora, fueron numeradas sin calificarse como tales, y el epígrafe de la “Oda novena” original —un nítido poema de Montemayor— se torna en el poema 7 de la obra mencionada, sin cambio alguno. En consecuencia, los versos son otra vez reformulados en comparación con los contenidos en *Finisterra*, de suerte que, también manteniendo el nuevo orden dado a los poemas, la reformada “Oda primera” se torna en el poema 2, muy intervenido; la segunda en 1; la tercera en 6; la quinta continúa como poema 5, también muy intervenida; la sexta en 3; y el poema 7 tiene su origen en la segunda estrofa de la “Oda octava” original, también intervenida.

¹¹ “Memoria de Carlos Montemayor”, *Casa del tiempo*, iv, 32, jun. 2010, México, pp. 27-31. <https://bit.ly/3ayHev2>

de la cruzada contra el llamado “panfleto declamatorio”. Sin dejar la propensión de Montemayor a la novación del verso, “Finisterra”, poema publicado en el libro del mismo nombre, es de igual manera intervenido en *Abril y otras estaciones* y también en *Poesía (1977-1996)*, aunque cada vez con menor ímpetu. En verdad, su lírica son palimpsestos personalísimos.

El dolor y el tiempo traen madurez, pero también el éxtasis, la sorpresa y la otredad. Si en su poesía de madurez Montemayor vuelve a los influjos de la memoria y lo perdurable, a la disección de sus emociones más profundas en busca de ciertas respuestas, la muerte de su hijo David y de su madre son quizá los estremecimientos máximos que padece el poeta joven para seguir ese camino de sublimación. Mas, si el paisaje natal fue imagen memoriosa para situarse en el presente, dos viajes al extremo sur de la península de Baja California —La Paz y Cabo San Lucas, compartidos entre otros con Juan Rulfo—, le permiten el hallazgo sorpresivo de la misma impronta árida y pétrea, pero con la inmensidad del légamo y sus escarpados litorales plenos de espuma seminal. No le bastó mi advertencia, como peninsular del noroeste, sobre las imantaciones propias de esa reserva emocional. Sólo su testimonio de la aridez y los montes con pieles minerales, el mismo sol a plomo sobre las cactáceas y crótalos frente a las marismas tejidas en la arena, lo llevaron al arrebato. Él, que no era afecto a las navegaciones aéreas ni marítimas, se deslizó en el estero erótico donde fluyen con intensidad la carnalidad y la presencia convulsa de la naturaleza. Tampoco fue una ciudad metafórica o invisible lo encontrado al final de la tierra, sino otro palpito de la existencia. Por lo demás, Montemayor se confesó influido en este poema por la *Oda marítima* de Fernando Pessoa y *Finisterra* de Lêdo Ivo. Pero lo cierto es que la obra de Pessoa bajo la epidermis de Álvaro de Campos, amén de permitir un recorrido casi musical por la vida del lusitano allí donde el mar no es mar sino río en fuga, el estuario del Tajo que desemboca con placidez en el *Mar da Palha*, es vista como un reencuentro con su esencia lusitana sin faltar la experimentación del verso y las escuelas.¹² Asimismo, Lêdo Ivo, quien ciertamente influyó en la obra de Montemayor —sobre todo por la *Oda ecuatorial* y *Estación central*—, hizo en su *Finisterra* algo similar a Pessoa al iniciar con un canto a la patria y la tierra, pues, como bien dice Ivan Junqueira, ese “libro marca el regreso definitivo del autor a sus orígenes”.¹³ Sin embargo, es verdad que refulgen en el poeta de Parral muchos ecos del poema del mismo nombre del vate de Alagoas. Pero en Montemayor no hay en sus versos a la tierra final un retorno al paraíso perdido de la estirpe, ni experimenta con el lenguaje merced a su rigor grecolatino,

¹² Véase el prólogo de Newton Freitas, la versión castellana de Francisco Cervantes de Fernando Pessoa (Álvaro de Campos), *Oda marítima*, Ecuador 0° 0'0", México, 1963, pp. 9-17.

¹³ “*Quem tem medo de Lêdo Ivo*” (Estudio Introdutorio) en *op. cit.* Lêdo Ivo, *Poesia completa 1940-2004*, p. 36.

formación tan atendida por su maestro Rubén Bonifaz Nuño. Montemayor, con una herencia universal poética, en esta epifanía versicularia que es su poema “Finisterra” se asemeja a sí mismo, se reafirma y se reencuentra intensamente con el ser humano, la pasión, la muerte y su visión panteísta del mundo.

Sin profundizar más, sólo apunto la misma decantación en la lírica reunida con el título de Poesía 1977-1996, donde se eliminan diversos poemas de las varias secciones de Abril y otros poemas; de manera singular los que llevaron como título el de las 22 letras del alfabeto hebreo, más otros, a mi juicio con aromas del Cantar de los cantares. Por otra parte, es notable que en la Antología personal de 2001, editada por la Universidad Autónoma Metropolitana, once de veinticuatro poemas corresponden a la sección “El cuerpo que la tierra ha sido” de Abril y otras estaciones (1989), cuerpo lírico nunca publicado de manera independiente. Allí se refrendan sus himnos a la existencia y a la tierra natal como paisaje indeleble. Casi podría afirmarse que, con otra versificación, sus poemarios finales son fieles a la esencia anímica de su elección poemática previa. Toda esa poesía se integra con una singular cohesión orgánica y telúrica. Si en “Memoria”, importante sección de Finisterra, estaba ya en su ruta el eterno retorno, aquí sí, con los ojos recobrados para ver de nuevo los siete puentes de Parral, la esencia de la memoria de la tierra en la superficie y las entrañas de la veta oscura, el cauce del río y las huertas, quizá bullían ya en su estro dos poemarios definitivos: Los poemas de Tsin Pau donde recupera un personaje de Las llaves de Urgell y exhala su admiración y el ánimo de poetas chinos de la Dinastía Tang con una intertextualidad implícita donde Montemayor hace brillar la belleza terrenal en la existencia de débiles y sometidos; y los Apuntes del exilio como aceptación de la finitud, para abrazarse a la mujer y al mundo. En la primera obra, puede decirse que un elemento permanente son los ríos, esos cuerpos de agua venidos de un pasado siempre presente, la nostalgia del conocimiento primigenio y aun las congojas que deja la violencia en el estado llano. En el último libro, de estructura versicular, pervive esa “melancolía existencial” a la que alude Tito Maniaco en su presentación de la anterior obra,¹⁴ y que fluye en realidad en todo el discurso poético de Montemayor.

Así como el viento cósmico de Saint-John Perse parece más físico y espacial, pleno de corporeidad en un horizonte temporal y creciente, el viento en Montemayor se mueve sólo entre las metáforas del tiempo. Y el ayuno que inserta en sus odas no es una expiación mística, sino la restitución helénica e iniciática de la apertura del entendimiento y la depuración del cuerpo. La ciudad, por otra parte, no hace de Montemayor un poeta urbano que deambula por calles, mercados, plazas y barrios antiguos de metrópolis decadentes. Toma sólo sus elementos de ansiedad

¹⁴ “Largo viaje de la oscuridad”, en Carlos Montemayor, *Los poemas de Tsin Pau*, Alforja, Ciudad Nezahualcóyotl, 2007.

y miseria, y los ve reproducidos en la geografía del dolor bajo la lluvia incesante de los minutos. La urbe es así, otra metáfora del espacio donde sucede la cotidianidad del mundo y ocurren los hechos del presente y las lamentaciones del pasado a cuestras. Por ello, el vate se pregunta: ¿Para qué fundar nuevas ciudades?¹⁵ ¿Cuál es el propósito de llevar a cuestras los dioses de los padres y sus fracasos divinos?; mientras Alejo Carpentier se empeña en conjugar el verbo y fundar una ciudad “que se sustraiga a los horrores de la Época”.¹⁶ El escritor de las Antillas pretende la construcción del nuevo mundo, pero Montemayor opone la mala experiencia del hombre, como noria del *Eclesiastés*. Ninguna ciudad, por ende, lo hace un cosmopolita desarraigado. Emocionalmente él no sale de Parral tal como James Joyce —con quien coincide en su amor por la guitarra y el canto— jamás dejó Dublín y Fernando Pessoa no abandonó las tortuosas rúas de Lisboa. El hombre es su linaje y esto lo enfatizó con donaire. No es preciso moverse del centro personal para ser universal y recorrer el mundo, si en realidad éste ya está en nosotros.

Como un Jasón navegando hacia la Cólquide, la extensión de su espacio natal, su vastísima región de ancestral guijarro, fue para él un radiante Egeo y los argonautas, aquellos con quienes compartió la oriundez reunidos en este punto de llegada. En esta ciudad antigua donde hoy habitamos, como la patria de las instituciones de Numa Dionisio Fustel de Coulanges, plena de tradiciones ajenas que ahora son propias, para llevarse a su manera el vellocino de oro.

En sus acciones y escritos, a la manera de Ulises, Montemayor siempre tuvo la pulsión del retorno interior sin llevar lestrigones ni cíclopes; como bien aconseja Constantino Cavafis, pidiendo también que el camino fuese largo porque en aquellos parajes, en la más alta colina desde donde veía las calles, las casas, el río casi imaginario, los huesos metálicos de la mineras y las heridas de la tierra, estaba su Ítaca. El final de un viaje perpetuo a la tierra donde nadie muere. Quizá, sólo por ello, en Montemayor hay que celebrar la vida con sus propias palabras:¹⁷

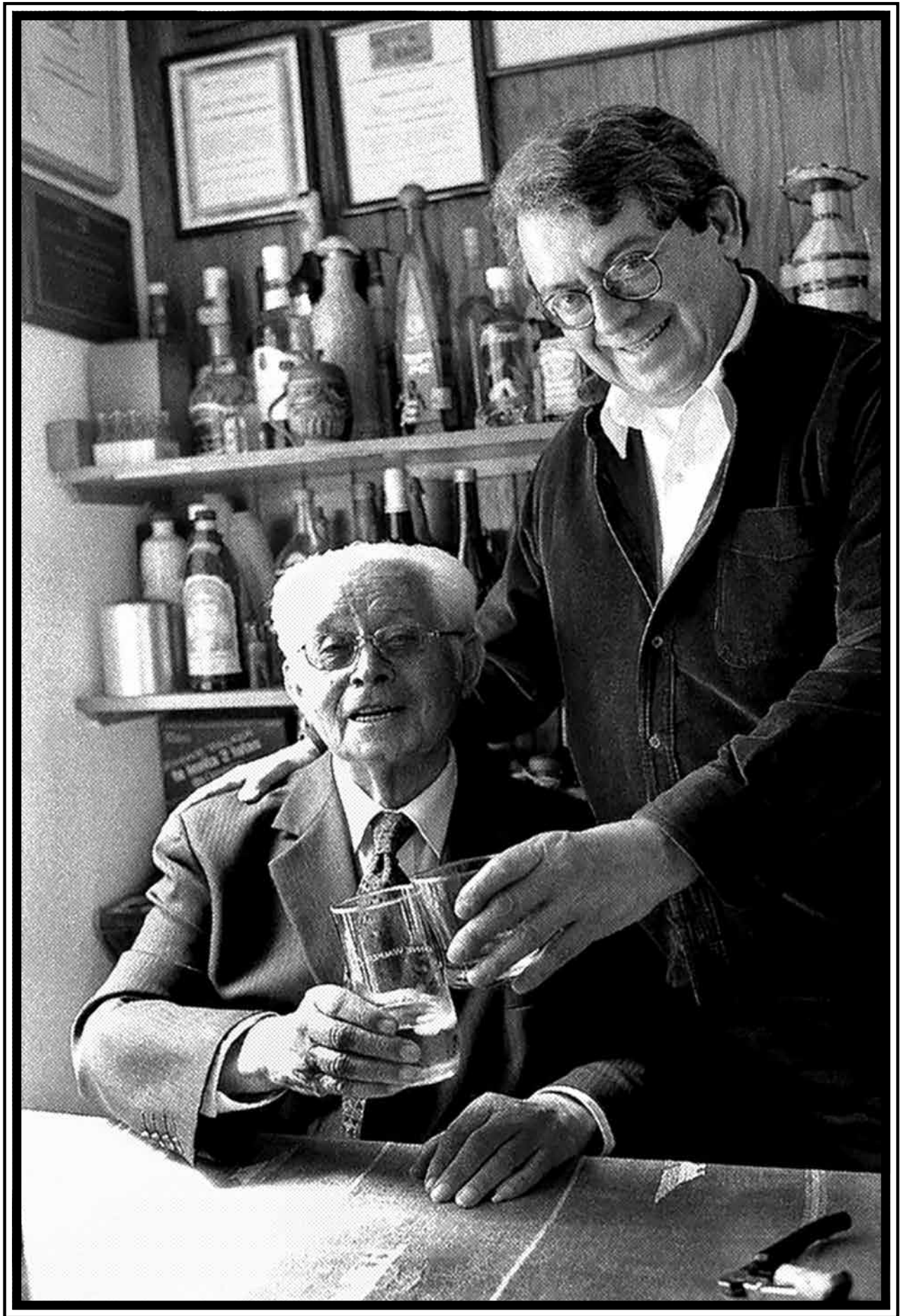
Dejo abiertas las puertas de la casa para que todos mis amigos,
con sus recuerdos y su dicha, con sus amores destruidos y persistentes,
lleguen con su risa y sus vasos desde el primer día de mi vida.
Dejo abiertas las puertas de la casa para esperar a mis padres en medio de la infancia
y caminar de la mano con ellos por una mañana.
Dejo abiertas las puertas para que lleguen mis hijos con sus risas imborrables,
tropezando en innumerables vidas.

¹⁵ Carlos Montemayor, *Abril y otros poemas*, FCE, México, 1979, p. 30.

¹⁶ Alejo Carpentier, *Los pasos perdidos*.

¹⁷ Carlos Montemayor, *Abril y otras estaciones (1977-1989)*, FCE, México, 1989, p. 132.

Para que lleguen las mujeres que he amado,
y decirles el tiempo que las esperé,
las tardes que las he comprendido.
Para que el viento inunde la casa, los libros, los muebles, los días,
oyendo todo lo que es posible.
Dejo abiertas las puertas de la casa
para estar siempre en el mundo. ▲▲



Carlos Montemayor con Alf Chumacero